

# Las razones para un homenaje

*Jorge Troisi Melean*

Un libro de historia comienza generalmente con los nombres de los colegas a quienes el autor agradece por haberlo ayudado a concretar su obra. En ocasiones, el agradecimiento se extiende a los estudiantes con quienes aquel intercambió algunas ideas a lo largo de las clases, durante el proceso de concepción del libro, pero el autor muy raramente incluye los nombres de esos estudiantes en el comienzo. Carlos Mayo lo hacía.

Es que Mayo, a diferencia de la mayoría de sus colegas, prestaba tanta atención y pasión a su tarea docente como a la de investigación. Su rol de investigador no estaba escindido del de profesor: eran partes de un continuo. Sus estudiantes entraban en sus libros, sus libros ingresaban en las aulas. Enseñar no era una acción rutinaria para él. El salto del lenguaje escrito de un libro al oral de una clase era imperceptible.

En el aula era una presencia electrizante. Desafiaba a sus estudiantes a pensar con claridad. Contaba con herramientas de enseñanza increíblemente eficaces; sus clases eran desconcertantes y divertidas. Las lecturas eclécticas de cada semana llevaban a los estudiantes a preguntarse sobre qué se iba a hablar. Se preparaban especialmente para escuchar al maestro, al tiempo que, casi sin darse cuenta, ingresaban en el mundo del pasado.

Si desde el inicio de un libro proponía algo diferente, sostenía ese estilo provocador en otros escenarios. Tejía relaciones de inter-

dependencia entre el hoy y la historia. No creía que el presente no pudiera interrogar al pasado, pero tampoco caía en la trampa de dejarse invadir por el presentismo. Mayo no aceptaba ingenuamente la realidad del siglo XVIII, pero tampoco lo hacía con la del siglo XX. Desafiaba los paradigmas del presente aun cuando estuvieran disfrazados de un progresismo que ocultaba, en realidad, estructuras contemporáneas de poder.

Por muy de moda que estuvieran los planteamientos, por muy atractivos que fueran, Mayo prefería leer tanto el pasado como el presente a la luz de la crítica, siempre con la herramienta metodológica de la sospecha. Evadía los lugares seguros de pensamiento correcto porque se animaba a disentir, y lo hacía respecto de las concepciones establecidas en las corrientes históricas, pero también de las relaciones de poder del mundo académico. Se oponía al pensamiento único, aunque este fuera políticamente correcto.

Construía una teoría y una praxis verdaderamente críticas, en las cuales tanto él como sus personajes buscaban refugiarse en los intersticios del sistema. Porque la gran cuestión que lo desvelaba era la del poder, el del mundo tardo-colonial o el del mundo donde vivía y enseñaba. Para Mayo, el verdadero desafío intelectual y el deber moral de un académico era incomodar. Mantenía una visión de la historia tan dinámica como la de los estudiantes que lo desafiaban.

A mediados de la década de 1920, Walter Benjamín y Asja Lacis<sup>1</sup> encontraron en el concepto de *porosidad* la mejor forma de explicar las complejidades del espacio urbano de la ciudad de Nápoles, en donde, a su entender, cada escenario podía ser interpenetrado. Carlos Mayo utilizó esta metáfora arquitectónica para describir a la sociedad colonial, con su riqueza y variedad y su conexión entre el espacio interior y el exterior. Se asomó así a través de los poros de la sociedad

---

<sup>1</sup> Walter Benjamin y Asja Lacis, “Naples” en Benjamin, W. *One-Way Street and Other Writings*. London: NLB, 1979.

para entender la capacidad de los individuos de moverse dentro de una estructura rígida, pero no impenetrable.

Para Mayo, ningún sistema ejercía un poder perfecto. Los actores sociales eran activos en detectar huecos, sin que precisaran necesariamente una ideología o un liderazgo que los iluminara sobre su existencia. Y esa idea venía de la concepción *turneriana* del espacio pampeano de frontera. En ese espacio abierto, llano, sin límites a la vista, el horizonte era vasto y también las posibilidades. Las porosidades del sistema permitían a los actores sociales reconocer y soportar los límites, pero también, en ocasiones, traspasarlos.

En sus clases y en sus libros, alentaba a estudiantes y lectores a adentrarse en esos poros. En sus relatos de gauchos, peones, clérigos, esclavos y amantes, daba protagonismo a los subalternos, sin los cantos de sirena de la victimización o de la sublimación. No ignoraba el conflicto social ni las fuentes de poder concentradas, pero encontraba respuestas en la tensión entre esa cultura impuesta a las clases populares y la generada directamente por esas mismas clases, como fruto de su propia actividad y experiencia social. Mayo navegaba entre una historia cuantitativa y serial de los fenómenos sociales y una que daba relevancia a los aspectos más cualitativos, como las heterogéneas maneras de recepción y reelaboración de las formas culturales impuestas. Abordaba el complejo universo de la vida de las clases populares escapando de los lugares comunes, con mucha imaginación y mucha información.

Aplicaba un enfoque riguroso a la historia económica y social de la Hispanoamérica colonial, pero su obra se apartó de los puntos de vista dominantes. Su desafío al pensamiento establecido y su uso creativo y desprejuiciado de fuentes primarias fueron ejemplos de su perspectiva innovadora para estudiar la historia.

Tenía una curiosidad ilimitada incluso mientras tomaba un café con algún estudiante en el bar “Don Julio” de La Plata. Una de sus características perdurables como historiador y como persona era que

estaba muy interesado en la gente. Aunque fue sobre todo un historiador de la colonia y nos invitó a ingresar al mundo tardo-colonial rioplatense por diferentes ventanas, Mayo mantenía un amplio espectro académico. Estaba interesado en absolutamente todo lo que tenía que ver con lo humano. Buscó recuperar el intenso dramatismo de la confrontación humana estudiando los intereses alrededor del petróleo, las órdenes regulares, las relaciones sociales en la campaña, el mundo de los sin voz o simplemente rastreando el amor.

Disfrutaba del placer de contar una buena historia de personajes y temas esquivos al historiador. La vida de Patricio de Belén fue la mejor forma de describir la cultura y la sociedad rural de antiguo régimen. Mayo escribía en forma visual, con imágenes. Tejía tramas con las fuentes y hacía renacer a los desclasados. Como el buen escritor que era, recreaba en su cabeza los diálogos de las personas a quienes dedicaba su investigación o sus clases. Nos hacía escuchar voces, la del esclavo Patricio o la de Victoria Antonia Pessoa. Construía personajes con los cuales conversaba y nos hacía conversar, con las lógicas de sus tiempos.

Cuando estudió a Juan Manuel de Rosas lo describió como un estanciero que había alcanzado su éxito tanto por ser conservador como por ser innovador. ¿Contradictorio? Sí, a los ojos del presente. No, para los contemporáneos, ni tampoco para Mayo. El mundo tardo-colonial que hundía sus raíces en la campaña decimonónica bonaerense tenía sus propias lógicas, en las que era necesario sumergirse para entenderlas. Mayo estaba convencido de la flexibilidad y apertura de la sociedad estamental en donde se insertaban las historias que relataba. Fluía en el mundo de contrastes que cohabitaban.

Estudiar con Mayo cambió el curso de la vida de muchos. Formó a una gran cantidad de historiadores influyentes. Reformuló la comprensión de la América colonial, y fue maestro de generaciones de investigadores que procuraron ser tan curiosos como él. Se dedicó a formar investigadoras y docentes, los alentó a hacer sus propias

indagaciones. Casi sin que se percataran, les abrió nuevos campos de preguntas.

En sus investigaciones, realizó una suerte de peregrinaje intelectual. Desde la intimidad del convento se desplazó al campo abierto del mundo rural y la frontera, para regresar finalmente a los espacios cerrados: la pulpería y el cuarto matrimonial cerraron el círculo en su despedida. En dicho peregrinaje, comprendió como nadie que en ese mundo pre-moderno, las líneas divisorias entre el claustro y el ágora, entre lo público y lo privado, eran difusas. Esa idea le permitió entender que no existían límites para áreas que el historiador no pudiera abordar. Y entonces, ¿por qué no estudiar el amor?

Desde ese lugar que él abrió, seguimos llorando su pérdida.